

## CLAUDIO.

Vigilemos. Ocupa el general su pretorio, y duerme profundamente. El Augur, despierto todavía, consulta los presagios del cielo á un lado del pretorio, mientras el cuestor cuenta al otro lado los próximos estipendios. Las doce tiendas tribunicias se hallan cerradas, con excepcion de las dos nuestras. Las tiendas están ordenadas legalmente, y distribuidas en seis columnas. Sobre la tribuna reposan, como en su nido, las águilas de las legiones. La vía quiritaria tiene los cincuenta pies exigibles, y separa en dos grupos el campo. La caballería ocupa sus alojamientos, y las vivanderas y los cantineros reposan sosegadamente en los arrabales del campo. Esperemos que mañana se empeñe la última batalla, y sea nuestra la última victoria.

## SEXTO.

Mas parece que oigo rumor allá en el campamento enemigo. La primera luz del alba dora inciertamente el borde oriental de los cielos. La alondra sube desde su nido de barro á entonar allá por las alturas el cántico matinal. Apercibámonos.

## XII.

ESPARTACO (*en su campamento.*)

Compañeros, oidme. La luz del nuevo día debe alumbrar una gran victoria, si unís al valor de siempre la decision de no ser vencidos, sino antes muertos. El enemigo es poderoso, pero vosotros lo sois más; porque él, feliz, teme á la muerte, y vosotros, desgraciados, buskais la muerte como un consuelo supremo. Mirad qué general nos han mandado, un epicúreo, un avaro, que se ha enriquecido con los despojos de la guerra civil, de la guerra extranjera, y que conserva sus riquezas con legiones de esclavos continuamente oprimidos y atormentados por su sórdida codicia. Cara á cara con todos esos vicios repugnantes os halláis vosotros, hijos de la naturaleza, amamantados á los pechos de la madre tierra,

crecidos en la pura atmósfera de las montañas inundadas por purísima luz, vigorizados por la desgracia, reclamando la propiedad sobre lo más propio que puede tener el hombre, sobre la vida, sobre el alma, recibidas de los dioses. Luchad como habeis luchado hasta aquí, teniendo siempre en cuenta que es preferible, muy preferible la muerte á la derrota. El dia en que todos prefiriéramos morir á ser esclavos ¿qué habian de hacer nuestros señores? ¿Y no es más grata, más misericordiosa, más blanda esta tierra donde caemos muertos que esa ergástula sombría, húmeda, chorreando dolor y sobre todo vergüenza, en la cual sufrimos cien muertes cada minuto estando vivos? Soldados, á combatir con verdadera furia. Soldados, á buscar con nuestras armas el corazon de esos enemigos, eternos tiranos de nuestros hijos. Soldados, á vencer pronto, ó morir, y á apagarnos en una eternidad, que aunque fuera un sueño perdurable, un vacío eterno, la nada seria preferible siempre á nuestra deshonrosa servidumbre.

AGATHON.

Partámonos á la pelea. Toma, Espartaco, toma tu caballo.

ESPARTACO.

Pelearé con vosotros á pié; no quiero caballos. Vencedor, tomaré hermosos caballos de mis enemigos; vencido, no los necesito. El vencido solo necesita el caballo para la fuga; y yo os juro que no huirá Espartaco.

AGATHON.

Al combate, al combate.

ORIEL.

A buscar la victoria.

ESPARTACO.

O la muerte.

SOLDADOS DE ESPARTACO.

A la pelea, á la pelea.

## XIII.

CINTIA (*en una eminencia desde la cual se domina el campo de batalla. A sus espaldas un gran precipicio*).

Dioses pátrios, escuchadme. Vosotros no habeis podido enviar un alma tan grande, como el alma de Espartaco, impregnada de vuestro aliento creador, bruñida en vuestra luz divina, para que se apague, para que se extinga en las tinieblas del Orco, sin dejar tras sí eterno reflejo en la vida universal. Oidme, oidme, oid á esta pobre mujer, que ruega por él, que para él impetra vuestro auxilio, el auxilio de aquellos génius de la montaña, que protegieron su cuna. Venid, venid, aunque sea invisibles, en alas de los vientos, sí, de aquellos vientos descendidos de las altas cumbres de Tracia; venid á pelear á su lado por la causa de la raza entera que os consagra su corazón y

os ofrece sus sacrificios. Si el crimen de esclavizar esa raza se consuma; si cada día nuevos cazadores la merman; si el pueblo entero es trasladado desde las crestas luminosas de los montes á los abismos negros de la ergástula, ya no hay, ya no hay esperanza, no hay esperanza de que humanos lábios consagren á vuestro nombre una oración, ni humanas manos ofrezcan bajo vuestros rústicos templos religiosos sacrificios. Vosotros que le habeis creado, mantenedle; vosotros que le habeis dado aliento para tanta empresa, acorredle; no le dejeis, no, desamparado; no me dejeis á mí solitaria en esta tierra. ¿Por qué digo esto? Yo no estaré, no, solitaria; yo en cuanto él no sea, no seré tampoco. Si vosotros no me arrancais la vida, me la arrancaré yo misma. Allá le veo; sus ojos despiden llamas, su aliento parece el aliento de la tempestad; en torno suyo caen los hombres, las enseñas, las lanzas como los árboles de un bosque á las embestidas del elefante furioso. Busca á Craso, lo busca con la agilidad del tigre. Cuantos obstáculos encuentra, destroza; cuantos hombres le salen al paso, derriba; cuantas fuerzas se le oponen, rompe, como si fuera su cólera un huracán desencadenado. Pero ¿qué veo? Le cercan, le alcanzan, le hieren,

ha caído. ¡Ah! los romanos avanzan, avanzan y pisotean su cuerpo. Los esclavos caen. ¡Desgraciados! Unos pocos huyen. ¡Cobardes! Si Espartaco huyera también, si á lo ménos se conservara para mí sola. Amor mio, huye, nos iremos á una caverna muy alta, donde no puedan llegar estos tiranos; ya no me oirá.

AGATHON (*despavorido.*)

Cintia, Espartaco es muerto.

CINTIA.

Y su esposa también. (*Se lanza por el precipicio.*)

XIII.

ORIEL (*en el campo de batalla. Es de noche.*)

¡Qué silencio! Al ruido estridente de la batalla, al choque de las armas, á los gritos de la cólera, á los ayes de los heridos, á los estertores de los moribundos, sucede esta calma pesadísima, esta calma de muerte. Solo se oye el grito del ave nocturna, ó el rechinar de los dientes del oso que ha bajado de sus madrigueras al olor de la carne fresca. Solo se ven algunas luces pálidas, verdosas, que andan de aquí para allá, que lucen brevemente, y que se apagan, como si fueran funerales antorchas salidas del seno de los profundos infiernos. Las nubes descienden tanto, pasan por tan cerca del suelo, que parecen venidas á recojer las almas de los muertos en sus flotantes sudarios. A veces el pálido rayo de la luna se abre paso á través de las nieblas amontona-

das, é ilumina con su luz mortecina los rostros de los cadáveres diseminados, sus varias expresiones, ya de terror, ya de cólera, ya de venganza, ya de alguno de esos infinitos matices del ódio, pasión predominante en la guerra. Yo te busco, grande entre los grandes, héroe entre los héroes, mártir entre los mártires, yo te busco, sí, con el anhelo que la madre á su hijo perdido, para posar por última vez mis lábios en tu frente donde vibrará encendida la chispa de tu idea. Si yo fuera como tú, mortal, sino personificara en mi vida eterna el eterno dolor de la casta, por cuya redención te has sacrificado, yo moriría junto á tí, yo pediría que mis huesos en la tierra se mezclasen con tus huesos. Hombres que teméis á la muerte, si viérais con qué ánsia la busco, y con qué impaciencia inútilmente la espero. Sería á mis ojos su blanco sudario como el velo de la desposada, y su cavernosa boca como los rizados y melifluos lábios de la casta virgen de los primeros amores. El mundo no es para mí otra cosa que un desierto erizado de espinas, la vida corre para mí como un río de hiel sin fuente, sin desagüe y sin riberas. ¡Oh, muerte, muerte, amiga única de los tristes! ¿por qué no vienes á consolar mis acerbas, mis profundísimas

tristezas.—(*Oyese un gemido.*) ¡Ah! ¿Qué voz oigo? (*Precipitándose sobre un cuerpo humano tendido á sus plantas.*)—Espartaco, Espartaco.

ESPARTACO:

¡Ah!

ORIEL.

¿Vives?

ESPARTACO.

Muero.

ORIEL.

Mi aliento te infundirá nueva vida. Mi sangre alimentará tus venas.

ESPARTACO.

No, no.....

ORIEL.

Es imposible, hermano mio, que mueras.

ESPARTACO.

Imposible..... imposible... que viva.

ORIEL.

Como el fresco de la noche te ha vuelto el sentido, mi amistad te conservará la vida.

ESPARTACO.

Mi carrera está terminada; mi vida concluida. Por cada una de las infinitas heridas de mi cuerpo se escapa el alma.

ORIEL.

Si yo pudiera morir contigo. . . . .  
 . . . . . ¡Ah! sería feliz.

ESPARTACO.

En verdad, el sueño es el alivio, y la muerte el remedio de la esclavitud.

ORIEL.

¿No crees que haya otro remedio?

ESPARTACO.

¡Oh! Si..... sí..... lo hay, lo hay.

ORIEL.

No podías tú morir en la desesperación.

ESPARTACO.

Muero, muero en la esperanza.

ORIEL.

Si así no fuera, ¿de qué serviría tu sacrificio? ¿Qué sería? Un grande esfuerzo sin resultado; un grande holocausto sin objeto.

ESPARTACO.

Yo veo algo, yo oigo algo, extraño, sobrenatural.

ORIEL.

Dime lo que ves en los reflejos de tu martirio.

ESPARTACO.

Levántame, levántame.

ORIEL (*lo incorpora*).

¡Oh todavía de pié, y el cuerpo es una pura herida.

ESPARTACO.

¿No ves nada?

ORIEL.

Nada más que los cadáveres amontonados y los lobos errando entre ellos, como sombras.

ESPARTACO.

El rayo de la luna que ahora besa nuestros rostros, ¿no dibuja nada á tus ojos?

ORIEL.

Nada mas que algunos ligeros reflejos en las armaduras y en las espadas rotas.

ESPARTACO.

¿El viento no murmura ninguna palabra en tu oído?

ORIEL.

Solo murmura un gemido.

ESPARTACO.

Pues yo veo nuevos patibulos alzarse para el esclavo; nuevos circos abrirse para sus cruentas

peleas; nuevos tormentos cebarse en sus cuerpos; dolores nuevos en su alma. Y sin embargo, de pronto, el mundo se transforma. La sangre vertida en los campos de batalla fecundiza la naturaleza y fecundiza el espíritu. La proterva ciudad, que se ha prostituido á los reyes, que ha fabricado las ergástulas, que se ha divertido en los circos, rota, despedazada por nuestros descendientes, sin corona y sin cetro, caerá sobre un lecho de cenizas, para hacer penitencia por siglos de siglos, y penitencia cruentísima, de rodillas ante sus explotados esclavos. La cruz, el árbol por donde ha corrido nuestra sangre; la cruz, el patíbulo donde han muerto nuestros padres y morirán nuestros hijos; la cruz infamada, la cruz maldecida, se elevará, como un lábaro bendito, sobre las frentes y las espaldas encorvadas, derramando esperanzas, luminosísimas esperanzas, que prometan al esclavo, á cambio de su corona de espinas en la tierra, otra corona de estrellas en el cielo. Pero el esclavo no se contentará con esta lejana promesa. Una voz misteriosa le habrá dicho desde el sacro altar de un grande martirio, que es igual en espíritu y en esencia, en origen y en destino, á los demás hombres. Y esta voz arrojará sobre su cuerpo inerte, acribi-

llado de heridas, abrumado por la impía coyunda, una idea pura, una idea inmortal. Al calor dulcísimo de esa idea, brotará un nuevo espíritu, y este espíritu será el esposo eterno de la naturaleza, y querrá en el seno de la naturaleza realizar la plenitud de su esencia, la integridad de su destino. Y el martirio será largo, y la redención será lenta. En nombre de Dios le habrán al esclavo dicho que su alma es igual á las almas de los demas seres humanos; y cuando vaya á los templos á pedir el cumplimiento en la tierra de esta promesa divina, entre los fieles entregados á la adoracion de la Cruz, patibuló del siervo; entre los coros que canten la exaltacion del humilde y el abatimiento del poderoso; en el seno de una religion que enseña el martirio, la muerte de un Dios por la redencion de un esclavo; el eterno siervo será vendido y comprado como una bestia, azotado hasta salpicar de sangre los mismos altares donde se conmemora el holocausto por su redencion. Y vendrán pueblos que salgan como nosotros de las selvas; que sean parientes nuestros por la sangre; hijos de la naturaleza, educados en la libertad; sin más idea que la apoteosis de la personalidad humana, sin más destino que matar el cesarismo romano, y sin embargo, con-

tinuarán la esclavitud. Pero un viento misterioso descenderá del cielo, y derramará en el espíritu de los hombres de Occidente la idea extraña de conquistar en Oriente misterioso sepulcro, que vacío, desierto, abandonado, tan sólo por haberlo henchido mil años antes con su cuerpo un mártir, será aún fecundo hasta producir de nuevo la libertad, en una guerra donde se mezclen las razas, y con las razas las castas, y con las razas y las castas todas las ideas, hasta que de tan divina infusion resulte necesaria é indispensablemente el espíritu divino de una nueva humanidad. Y el mundo que estaba atormentado por infinitos terrores, se erguirá como la flor, agostada por el sol, se levanta al dulce rocío del crepúsculo. Creía el mundo ver sus bases rotas, sus cielos desvanecidos, sus astros deshechos como pavesas, sus hijos reducidos á esqueleto, su sentencia final é inapelable escrita con caracteres siniestros en la inmensidad vacía; la muerte reinando en la alta cúspide del universo; la nada tragándose todas las cosas en sus negros abismos; y entre tanto terror, que se asemejaba al suicidio de la humanidad, surge de nuevo la esperanza, pura, inmaculada, engendrando la primera encarnacion de la libertad. Entonces bro-

tarán ciudades encargadas de producir una nueva vida, como las abejas producen la dulcísima miel en sus colmenas. Y esta nueva vida descenderá hasta el insondable abismo, hasta la conciencia del esclavo. Y de las ruinas surgirá la diadema de las artes para el hombre transfigurado. Y la tierra se doblará, y se ensancharán y dilatarán los mares. Y al mismo tiempo que los mares se dilatan, dilataráse con ellos el espíritu humano, que adquirirá la plenitud de su conciencia. Y después de la conciencia vendrá la razón libre, cargada de frutos, como antes la fantasía y el sentimiento se habrán cargado de flores al dulce calor de la nueva vida y de su fecunda libertad. Pero como el mal es incansable, tenderá al género humano nuevas asechanzas, y pondrá en la libre y emancipada conciencia nuevas sombras. Y en el mundo rejuvenecido, en ese mundo, en que es más nueva la luz y más vigorosa la vida, y más inmaculado el cielo, veránse entre los esplendores de la naturaleza, como negros ataúdes entre las alegrías de un festín, barcos que conduzcan nuevos esclavos, impiamente oprimidos y maltratados, más infelices aún que nosotros, los esclavos de Roma. Pero esta esclavitud será transitoria. No en mármoles, no en bronces, no

en ninguna materia que pudiera gastar el tiempo, sino en los senos inmortales del espíritu, se escribió, se promulgó la nueva ley de la vida, la nueva constitución del género humano, la igualdad en el derecho, en la justicia. Y los últimos eslabones de la cadena del esclavo, se fundieron al fuego de las ideas. Y desaparecieron las ergástulas de la sociedad como sepulcros pestilentes, que envenenaban los aires. Y se asentaron los hombres, hijos de una misma madre, continuadores del mismo linaje, iguales en derechos, á la sombra benéfica del árbol sagrado, sacratísimo, de la justicia universal, una, como el sol. La guerra se acabará entre los pueblos, la marca de infamia y de vileza desaparecerá en el trabajo, la vida se tornará más luminosa y más bella; el espíritu humano más puro y más diáfano; el mal será como una sombra lejana, y cada hombre estará en comunicación con todo el universo. En este día sublime, día de redención definitiva y eterna, el pobre esclavo que ahora muere en el campo de batalla, maldecido por sus señores é ignorado de sus hermanos, será bendecido, exaltado, puesto entre los redentores de la humanidad emancipada. Y los padres enseñarán á sus hijos mi nombre. Y la historia recogerá mis me-

nores hechos. Y la poesía maldecirá á mis verdugos. Y cada lágrima de un esclavo emancipado, de un pueblo redimido, de un espíritu que se levanta á la vida, de una conciencia que se abre á la luz, cada lágrima de reconocimiento caida, hará palpar de alegría mis huesos en su tumba. Y la sangre de mis venas será como la vía láctea en las tinieblas de la noche; un reguero de ideas, de esperanzas, de consuelos, de nuevos y más hermosos mundos. Y subirá en espirales á lo infinito, como la nube de humo despedida por un sacrificio, este último aliento que se escapa de mis labios. Y tú, mártir, víctima, sér eternamente infeliz; tú, esclavo, serás por la libertad redimido. Mira, este es el consuelo supremo de mi agonía. Déjame ahora morir. Tiéndeme sobre el suelo. Cierra mis ojos. Deja, deja que me duerma. Cintia..... Oriel..... Hermano..... Esposa. Nos vere.....mos. Oriel..... Cintia..... Esposa..... Esclavos..... Libertad..... Esperanza..... Cintia..... Amor..... Re..... Redencion. (*Espira.*)

## XIV.

## ORIEL.

Crasso, Crasso, vuelves á Roma á recibir una ovacion, triunfo pequeño, honor fugaz, decretado á tu soberbia, por haber vencido un enemigo tan despreciable como el esclavo. Entrás á pié en la ciudad, vestido con tu traje consular, envuelto en el manto con franja de púrpura, saludado por coros y flautas, ceñido á la frente el oloroso y bello mirto, el árbol de Vénus entrelazado con ramos de olivo, el árbol de Minerva. Dejas á tus espaldas veinte mil muertos, y enclavados en el patíbulo de la cruz diez mil esclavos. ¿Ves esa cruz maldecida, abominada? Pues esa cruz ha de ser en lo porvenir, ¡oh, vencedor! la cúspide del mundo, la cima del espíritu, el árbol de la vida.